



Manuel C. Ortiz de Landázuri, *Purificar la mirada*, Dykinson, Madrid, 2015, 182 páginas.

Uno de los principales problemas a la hora de leer a Platón es cómo resolver el vínculo entre la virtud y el conocimiento. Esta cuestión abre la puerta a otros problemas, como la relación entre contemplación y acción y el papel de los deseos en la vida moral. El joven profesor Manuel Cruz Ortiz de Landázuri (Pamplona, 1986) ha tratado de ofrecer una interpretación de Platón desde la cuestión educativa, próxima a la línea de la *Paideia* de Jaeger, y abordar estos problemas. Así, trata de mostrar cómo el conocimiento y la vida moral aparecen ligados en el pensamiento platónico recurriendo a numerosos pasajes de los diálogos. El resultado es una adecuada aproximación filológica-crítica que permite una reflexión filosófica profunda y original.

El autor presenta a Platón como un continuador de la filosofía socrática, en busca de un fundamento objetivo de la virtud que permita combatir el relativismo moral de los sofistas. De este modo ofrece una línea interpretativa en la que hay una continuidad entre los diálogos tempranos, próximos a la figura de Sócrates, y los de madurez, en los que aparecen las ideas como fundamentos del saber moral. En este sentido el autor interpreta la teoría de las ideas como una respuesta cognoscitiva al problema moral, político y educativo en Platón: ¿cómo formar buenos ciudadanos? Así, frente a otras interpretaciones que sitúan la especulación metafísica como eje del pensamiento platónico (del cual se derivarían después las consecuencias prácticas y éticas), aquí la cuestión moral y educativa aparece como el problema primario en Platón, para el cual tiene que encontrar un fundamento estable: el bien, la belleza, la justicia.

El tema principal de la primera parte es dilucidar qué tipo de conocimiento es el propio de la virtud. En los diálogos tempranos aparece Sócrates preguntando acerca de la virtud y en qué sentido es arte (*téchne*). El problema al que se enfrenta Platón es que en un sentido la virtud parece implicar cierto conocimiento o racionalidad, pero por otro lado no parece que se identifique con ninguna de las artes ni las ciencias, que son las actividades racionales humanas que pueden servir de paradigma. Platón advierte que la virtud es un tipo de conocimiento distinto al de las artes y ciencias, porque no produce nada, sino que ordena las actividades y las artes hacia un fin bueno. Así vincula la virtud con el conocimiento de uno mismo en el *Cármides* y en el *Alcibiades I*. Buena parte de esta primera parte se dirige a mostrar en qué sentido hay que entender la expresión socrática y platónica “nadie hace el mal de buen grado (voluntariamente)”. La tesis que sostiene el autor es que Platón utiliza esta expresión o similares para señalar las causas del mal moral: la ignorancia (*amathía*) en el sentido de ausencia de educación y virtud, y no tanto un desconocimiento cognoscitivo de tipo teórico.

En la segunda parte se pasa a mostrar cómo Platón encuentra el conocimiento del bien, que es el propio de la virtud, primero en la anámnesis (*Fedón*), y después en la contemplación del bien (*República*). Así establece Platón un vínculo implícito entre la práctica de la virtud y el progreso en el conocimiento, porque sólo mediante la *katharsis* y la educación del carácter parece posible alcanzar ese conocimiento del bien. De este modo el autor propone que el conocimiento moral es para Platón la implantación de un orden: conocerse es ordenarse. Ese orden, cuyo fundamento es la contemplación del Bien, encuentra su aplicación también en el ámbito de los placeres, haciendo la vida dichosa.

La última parte se centra en la conexión entre el deseo, el conocimiento y la virtud a través de la filosofía del amor en el *Banquete*, *Fedro* y la *República*. Con su visión del *eros* como una fuerza desiderativa que empuja hacia la contemplación y la virtud Platón parece incorporar el deseo a su propuesta educativa. Uno de los problemas que intenta solucionar el autor es cómo interpretar el amor sin calificar a Platón de “intelectualista”, ya que es un tema debatido si para Platón el amor interpersonal es posible o si su doctrina del *eros* haría referencia a un amor puro hacia las formas dejando de lado el amor humano.

Uno de los principales méritos de este trabajo es el equilibrio logrado entre la exégesis precisa de los textos y un hilo argumentativo claro y sencillo, dejando las cuestiones más eruditas para las notas a pie de página. De este modo combina el estudio pormenorizado de los textos más relevantes, utilizando un aparato crítico adecuado, con la exposición filosófica de los problemas y posibles soluciones. Por eso mismo se trata de una breve monografía que puede resultar de interés a estudiantes y académicos de diversas ramas (filosofía antigua, ética, estudios clásicos). Ahora bien, puesto que el hilo argumentativo general predomina sobre la discusión erudita, en ocasiones se echa en falta abordar algunos problemas con más detalle (como por ejemplo el problema del conocimiento del bien en la segunda sección o algunas cuestiones referentes al papel del *eros* en el tercer capítulo). Las investigaciones en castellano sobre Platón son escasas, y este libro consigue ofrecer al lector una interpretación coherente del pensamiento de Platón con bibliografía abundante y actualizada.

Paolo Minà